

**EL OJO CRÍTICO**



José  
Lois  
Estévez

## **El objeto del saber político.** *Por José Lois Estévez*

Al clasificar las acciones políticas, podemos ver en ellas, bien actividades o bien saberes. Hace ya tiempo que los físicos se encontraron ante estas antítesis epistemológicas cuando, estudiando los fenómenos luminosos, quisieron profundizar en la naturaleza de la luz, se vieron sorprendidos por resultados empíricos inconciliables. Las ondas luminosas se comportaban algunas veces como si tuviesen naturaleza ondulatoria, otras como si la tuvieran corpuscular. A falta de una concepción para casar las dos imágenes contrapuestas, los físicos recurrieron al principio de complementariedad. Desde entonces aceptan el concurso de las dos antagónicas teorías. ¿Tendremos en Política que proceder de una manera similar o puede quedarnos algún otro efugio?

Configuremos con este propósito la Política como un saber. Como tal, habrá de versar, bien sobre experiencias o hechos, o bien sobre pensamientos válidos por sí mismos. Demos por buena la primera hipótesis. Si el saber hubiera de recaer sobre alguna porción de las relaciones sociales interhumanas, nuestra misión consistiría, simplemente, en acotar la materia reservada para nuestro estudio.

Tengamos a la Política como el resultado del más amorfo y descarado voluntarismo. Dado que en la realidad social, antes y más bien que la diferenciación entre gobernantes y gobernados, observamos los actos concretos de imposición y sumisión, podría ocurrirnos referir el horizonte político a la suma de relaciones interhumanas en que una voluntad toma decisiones por otra. Lo que tanto valdría como tener en cuenta únicamente las ocasiones o momentos en que alguien hace ejercicio de poder frente a otro cualquiera.

No es preciso descender a mayores detalles para hacer intencionalmente comprensible la tesis. En cambio, hay que preguntarse si es capaz de mantenerse incólume ante una crítica despiadada. Y la respuesta negativa se impone.

Otra consecuencia del voluntarismo amorfo reside en su atolondrado obsesionamiento por la incondicionalidad del poder. Cree que el poder arranca de algún atributo peculiar que signa al líder como un carisma y con el que se nace o no. Quien lo tiene, domina sin esfuerzo a cuantos se relacionan con él. La verdad es, empero, muy otra. El poder es un efecto multicausado, que surge en una relación entre hombres; pero no sin que lo afecten numerosos factores circunstanciales.

Del encuentro de una pluralidad de personas no se produce ya una situación de liderazgo, sino que se da una primera fase de tanteos, una casi inconsciente pugna por el poder. Repetidos encuentros en tiempos o medios diferentes no rubrican, sin más, las viejas preeminencias. El cabecilla de un grupo en un colegio no conserva la jefatura más tarde cuando nuevos miembros se le incorporan. Por eso cualquier estructura de poder es un equilibrio en la inestabilidad. A ningún caudillo le cabe mandar solo, ya que la relación de poder-sumisión no adquiere carácter político sin consolidarse y ningún humano es capaz de hacer sentir su voluntad de dominio sin intermitencias.